Sergio Pitol

El regreso

Lo que más habría de sorprenderle después, cuando recordara este día, sería su extraordinaria duración. Si a algo podía compararse era a los jornadas infantiles en que el niño, al deambular por entre la desorganización del mundo, siente y conoce una verdadera plenitud de tiempo, libre aún de la angustia de que éste lo atrape y lo comprima. Este sábado constituirá en sí un universo. Él, que detesta las anécdotas, se ve colmado de ellas, prisionero. Le parece ideal, tanto en la vida como en la literatura, que los hechos puedan ensamblarse, fundirse a tal grado que se neutralicen, que se diluyan en una especie de fluido vital en que ninguna de las partes pueda valer por sí misma sino por el todo, el que a la postre no debe ser sino un clima, una determinada atmósfera.

En la última semana no ha nevado. La temperatura ha oscilado entre los seis y siete grados, fenómeno extraordinario a comienzos de febrero y disuelve los cúmulos de nieve de las aceras y los tejados. El deshielo convierte a las calles en arroyos; a la entrada del hotel había grandes charcos. Las alfombras, como esponjas, resuman humedad. Para colmo en los dos días anteriores no había cesado de caer una menuda llovizna y él tuvo que moverse con su precaria salud, su patológica propensión a los resfriados, bronquitis y gripas, de un extremo al otro de Varsovia en busca de un lugar donde vivir. Después de las tres semanas pasadas en la cama aquellas salidas se encargaron de destruir el mínimo equilibrio obtenido con tanto esfuerzo. Son casi las dos, la pequeña ventana cuadricular ataja la neblina sombría y opaca que ciñe a la ciudad. Le duelen la cabeza, la garganta y terriblemente las articulaciones. El decaimiento es total. No tiene gana alguna de levantarse. Habla por teléfono con Janina para cancelar la invitación a un almuerzo, le explica cómo se siente. No, aún no sabe si tiene fiebre, se acaba de poner el termómetro, pero lo más probable es que sí; lo advierte por el ardor de los ojos, por el calor del cuerpo. De ninguna manera, se lo agradece mucho pero no es necesario que se moleste, ya la camarera ha ido a ordenarle la cama; es sólo cuestión de esperar un poco, dice dos o tres frases más para tranquilizarla y vuelve a meterse a la cama. Ese día los objetos mismos le parecen diferentes. Los mismos, sabe, pero animados por una intención que desconoce. Son sombras, aquella deprimente luz de plomo que se filtra por la ventana los deforma, les confiere una apariencia espectral, horrible. Sombras con poder. Suda a mares. Enciende la lámpara. Mira como hipnotizado la barra de mercurio en el termómetro: treinta y ocho grados con siete décimas. Una sombra, el ropero; otra, el escritorio. El desorden habitual, mas acentuado por las dos semanas de encierro y enfermedad, tufo a sudor, a vodka, a tequila, a residuos de tamales y chiles, restos de las provisiones que le envió la Embajada a comienzos de la enfermedad. Contempla largamente los objetos, la ropa desparramada en todas partes, las corbatas mal colocadas, libros y revistas aquí y allá, papeles en desorden; lo mira todo pensativamente, como tratando de encontrar en los objetos la pista que pueda conducirlo al sueño de la noche superior. Despertó herido y anonadado por la violencia de aquel sueño, la frente sudorosa y un abominable sentimiento de culpa. Debió haber sido en la madrugada. Luego su mirada recae con renovado estupor en el termómetro. La fiebre persiste igual que al comienzo de la enfermedad. En dos semanas no han logrado sino debilitarlo a base de antibióticos. Los síntomas de la gripe desaparecieron casi inmediatamente; el primer día la fiebre se elevó hasta treinta y nueve y medio; al siguiente, por la noche, gracias a las aplicaciones de penicilina disminuyó de golpe a treinta y seis, y un día más tarde bajó aún otro grado, dejándolo en un estado de debilidad y lasitud en que le fue cási imposible caminar los pocos metros que lo separaban del baño. Pero después la temperatura fue en aumento y los médicos no lograron explicarse el fracaso de antibióticos y salicilatos; la barra de mercurio osciló día tras día entre los treinta y siete y los treinta y ocho grados, haciéndole saber que por fuerza algo intensamente dañado se albergaba en su interior, algo que se descomponía con tal celeridad que los medicamentos no lograban detener. Radiografías del pulmón, de los bronquios; todo en perfectas condiciones: análisis de sangre, de orina; aún se esperaban algunos de los resultados.

Se le ocurre que tal vez han descubierto en él algo incurable, por eso el hermetismo del doctor Adamowski, la cara compasiva de la embajadora cuando le llevó con el chofer las cajas de alimentos y bebidas, el aire de misterio que asumen sus amigos, quienes debían estar en el secreto; se arropa; comienza a sentir escalofríos.

Para colmo, días atrás, cuando empezaba a sentirse mejor, le dieron la noticia de que debía abandonar el hotel. Le hizo el efecto de un rayo. Se trataba de un rumor que corría desde hacía varios meses, se había negado a darle crédito. Para cerciorarse preguntó en el Ministerio y en aquella ocasión le respondieron que era absurdo, que ni siquiera debía escuchar a personas que se entretenían en crear situaciones difíciles, le aseguraron que si el Bristol no quisiera ya alojar a los becarios tal negativa se referiría a los que estaban por llegar y no a los pocos que restaban de los años anteriores, quienes tenían ya, por así decirlo, derechos adquiridos. Sin embargo tenía que marcharse, le informaron que habían conseguido algunas habitaciones en casas de familias entre las que podía elegir la que le resultara más conveniente. Apenas logró responder, murmuró que estaba enfermo, pidió algunos días para restablecerse. Ese mismo día llamó a todos sus amigos para pedirles que intervinieran ante el Ministerio. Los resultados fueron nulos. No se podían hacer excepciones. Los otros becarios protestarían. A los tres días volvió a escuchar la misma voz que le instaba a salir a ver las habitaciones disponibles.

—Corre usted el riesgo —le dijo— de perder las que están en mejores condiciones y, a la postre, terminará por ir a meterse en algún sitio no del todo apropiado. Por eso se había levantado, había recorrido los cuatro extremos de Varsovia, deambulando de un horror al otro, conocido los caprichos de una patrona, los malos humores de otra, el paternalismo irritante de algún anciano que se proponía victimarlo como si fuera su hijo

y para colmo cobrarle renta. Al final accedió ir a vivir en una casa del barrio de Mokotów, pero de ninguna manera se resignaba a perder el Bristol, su cubil, su refugio, su torre de vigía en los últimos años: tiempo espléndido colmado de gente, ideas, aventuras, amigos, sinsabores, lecturas, sus cuentos, noches de absoluta magia, amaneceres plateados, mañanas desastrosas a base de aspirina, encuentros furtivos, días de aridez intolerable, revelaciones, sorpresas, tardes enteras dedicadas a traducir mientras a través de la ventana contemplaba con envidia la frescura del jardín vecino, el ondular de cuerpos bajo el sol. ¡El Bristol! La clausura de esa etapa le dolía más que ninguna otra. ¡Y en semejantes condiciones!

Alguien toca a la puerta. Un mozo del restaurante con la comida. A su lado, Marek. Se había encontrado con la camarera cuando entraba en el restaurante, ella le informó que estaba enfermo y decidió subir a hacerle compañía. Comerían juntos. El mesero lleva también su orden. Cuando está enfermo apenas puede tolerar la presencia de Marek. Le irrita su vitalidad, le hace sentir aún más disminuido. Ese día iba a despedirse; saldrá por la noche a pasar una temporada en Zakopane acompañando a una actriz sueca. Se encuentra de mucho menos buen humor que de costumbre; a momentos, casi sombrío. Le confiesa que está enamorado, le dice de quién. Otra sorpresa, Marek enamorado, taciturno y celoso cuando durante todo el tiempo que lleva de tratarlo se ha desenvuelto en una constante práctica sexual que no tiene mayor importancia que el de un buen partido de tennis o una mañana de natación en la piscina. No ha habido turista más o menos interesante que se le haya escapado. Con indistinta alegría ha fornicado con escandinavas, alemanas, húngaras y latinoamericanas. En Zakopane va a sentirse seguramente mejor; quiere rehuir un poco la vida de bares y parrandas y dedicarse por algún tiempo al deporte; al esquí y al alpinismo. La sueca es una deportista magnífica, una tiradora de primer orden. La semana pasada había cazado dos espléndidos jabalíes...

El trozo de carne que en ese momento se lleva a la boca permanece allí por un breve lapso, antes de ser trabajosamente deglutido.

Ve un jabalí corriendo. Tiene en ese momento la impresión de recordar el sueño, pero no está seguro; quizás no ha sido el sueño sino simplemente el recuerdo de un hecho real, sí, el día que mataron a la tlacuacha. Circundados por el humor contempla a un grupo de rapaces de unos ocho o nueve años armados con piedras, garrotes, ladrillos. Son por lo menos cinco. Gritan y alborotan. Tienen los rostros sucios, enrojecidos y bañados de sudor. Cerca de ellos la fisura de un tubo arroja una nube de humo. El calor que se desprende del lugar parece no importarles, antes por el contrario acrecienta sus bríos, su excitación. Se mueven a lo largo de una tubería. Cierran con tablas la boca del tubo, por la otra arrojan piedras. Después, uno de ellos enciende una fogata, introducen los leños ardientes. La humareda hará salir al animal y, efectivamente, a los pocos minutos surge la tlacuacha entre el humo y las llamas; gritan como locos, felices, sienten la excitación del cazador en el cuello, en las manos, sus esfuerzos de varias horas han sido premiados. La golpean con ladrillos, con palos, con los mismos leños ardientes. La tlacuacha se tambalea, ha perdido, cae, sangra, emite un hedor repulsivo. Pero de su seno, como pequeñas larvas salen seis, siete bestezuelas, caminan a ciegas, apenas avanzan; la operación es ahora más fácil, aquellas mínimas porquerías no oponen ninguna resistencia, les echan encima las brazas; allí quedan. Los chicos se alejan del lugar con los brazos enlazados al cuello, como en una ronda, cantan alegremente, saben que ya no volverán a desaparecer las gallinas y los pollos que aquel repulsivo carnívoro venía secuestrando, han realizado su buena acción del día, pero esa noche, cuando en su casa le sirven la cena, tiene que levantarse de prisa y correr al baño a vomitar. Ahora mismo, muchos años después, el recuerdo imprevisto le impide seguir comiendo el trozo de lengua, lo hace a un lado con el tenedor y se lleva a la boca un poco de arroz. Trata de interesarse en la conversación de Marek, mira por la ventana: es imposible, la escena vislumbrada por un segundo en todos sus detalles le ha sumido, en medio de la repugnancia, en la duda sobre si los tlacuaches son o no marsupiales; no sabe si aquella hembra llevaba a los hijos en un saco o si, preñada, paría a efectos de la golpiza, del humo y de las quemaduras. Bebe el café a grandes sorbos, le pide a Marek, sólo por cortesía, que se quede un poco más, oirán algo de música. Es imposible, debe arreglar aun una serie de asuntos referentes al viaje. Se queda solo, se tiende, apoya la cabeza sobre un brazo, siente en el oído el golpetear de su circulación, activada por la fiebre, trata de pensar en algo. No quiere irse del hotel, pero lo cierto es también que no desea quedarse, lo único que en ese momento le apetece es no existir; el flujo de sangre que intuye a través del oído lo pone al borde de la náusea como le ocurre con todo proceso orgánico, con toda confrontación en la anatomía, máxime cuando, como en ese día, es tan consciente de que su organismo alberga y encubre la putrefacción. Cambia de posición. No por ello disminuye el malestar. Desfilan por su imaginación, se atropellan y confunden una serie de escenas desagradables, todas tendientes a demostrarle el gran absurdo que es vivir, el sinsentido de su fatigoso tránsito. No quiere ir a ningún lado, los objetos parecen recubrirse de una gris luminosidad viscosa, los perfiles, las superficies pierden su tersura, su forma definida; enciende la luz, furioso, y eso parece restablecer nuevamente la normalidad de la materia. Piensa en llamar a Mercedes o a Jetta para no estar solo en los momentos de postración que se avecinan, se dirige al teléfono, cuando está por llamar, la simple idea de tener a otra persona en la habitación le resulta intolerable. Toma una segunda aspirina y vuelve a la cama. La conversación con Marek lo ha irritado, se quedó con la sensación de haber recibido una puñalada a traición. Recuerda que un día, no hace mucho, en un restaurante de la Ciudad Vieja aquél le había dicho que las

personas que hacían del amor un altar le resultaban ridículas, grotescas. Habían citado ejemplos, se habían reído a carcajadas y ahora, en cambio, ha consumido casi todo el tiempo del almuerzo en lamentarse por un amor desgraciado. En esos instantes siente una envidia de perro, ¡si pudiera él también sentirse ligado a alguien!, pero con los años ha venido a sufrir una especie de acidez emocional que todo lo corroe; sus mismas amistades le producen una tensión muy superficial, de ninguna manera le crean exigencias internas. Ve a través de la ventana la lluvia. Y él tendrá que estar allí encerrado en ese cuarto maloliente durante los siguientes días, envuelto en su sudor, fastidiado, sin ganas de trabajar ni de leer; la sola idea le produce un escalofrío de horror. Otras semanas como las recién pasadas y el dinero que no llega de México y la gente del Ministerio jodiéndolo para que abandone la habitación y se vaya a vivir a casa de una de aquellas harpías que ha visitado, y tener que comenzar una vida de casa de huéspedes, a la que siempre se ha resistido. Le desespera la postración en que la fiebre lo sumerge, le duelen los ojos, no puede leer, le irrita oír música, le repugna la idea de recibir visitas mientras no pueda asearse debidamente y no pueda airear la habitación. Todo se le hace cuesta arriba; sin saber cómo vuelve a él la vieja idea que lo ha entretenido en otras ocasiones: desaparecer. Su muerte sería un misterio. El hecho de morir no le asusta, pero le horrorizan los posibles comentarios sobre su suicidio. Era un gusto que no iba a darle a ciertos parientes y amigos que afirmarían haber predicho siempre ese fin, que un camino como el suyo ineludiblemente conducía a esa meta, por eso era genial el método proyectado. Internarse en un bosque, tenderse en algún sitio, dejar que la nieve acabara con él, nunca se sabría qué había estado haciendo allí. Imposible hablar de suicidio. Suena el teléfono, lo deja llamar, una, dos, tres cuatro largos timbrazos, sin levantar el auricular, tiene la certeza de que es la señora del Ministerio pidiéndole que abandone el hotel. Se quita el piyama, se viste con bastante descuido, con lentitud. Los movimientos no le resultan fáciles; mete, por hábito, algunos libros en el portafolio y sale. En el hall no saluda a nadie, entrega la llave y se marcha como si alguien lo apremiara, como si lo persiguieran, llega a la calle y pide a un taxi que lo conduzca a la estación central. Siente como si fuera a estallarle la cabeza; desea apresurar los acontecimientos, que acabe todo de una buena vez; imposible tolerar por más tiempo el dolor, el sentimiento de opresión, la inflamación en la garganta que apenas le permite ya tragar saliva. Camina por la sala central, en medio de gente que se sacude la nieve, se agita, de grupos que se despiden. Camina como sonámbulo hasta una ventanilla, se forma en la cola, cuando le llega el turno pide un billete a la frontera alemana. Se bajará en un pueblo cerca de la frontera y se internará en un bosque; en el estado de postración en que se encuentra el frío no tardará en acabar con él; al día siguiente hallarán su cuerpo. Le entregan el billete, pregunta por el próximo tren; saldrá dentro de seis horas. Sale tambaleándose a la calle, no se explica cómo ha podido caer en aquel plan puerilmente macabro. Piensa aterrado que si algún tren hubiera estado a punto de partir habría subido a él y luego posiblemente se hubiera dejado llevar por el ritmo de los acontecimientos: le castañetean los dientes, apenas puede dominar el temblor en las rodillas. Tiene que esperar por largo rato a la intemperie la llegada de un taxi, cuando arriba al Bristol le parece que quien entra es un espectro, el fantasma de sí mismo. En el hall mientras pide la llave alguien se le acerca, es Janina, va acompañada de otra persona, indudablemente un médico: le explica que cuando hablaron por teléfono se quedó muy preocupada, hace una hora volvió a llamar y nadie le respondió, telefoneó a la Administración y le dijeron que estaba en su habitación, por lo que se imaginó que si no respondía era por sentirse muy mal. Había llevado al doctor. ¡Cómo diablos había salido con ese tiempo! ¡Sólo a un loco se le ocurrían esas cosas! Se excusa, dice que ha ido únicamente a la farmacia de enfrente. Suben, el doctor le examina, habla con Janina, luego le explican que está muy mal, que es necesario internarlo esa misma noche en un hospital. Oye que su amiga comienza a hacer los trámites a través del teléfono. Está ardiendo en fiebre,

—Ya está todo arreglado, hijito. Desgraciadamente no podré acompañarte todo el tiempo. Tengo un asunto importante en casa de mi hermana. Va a ir nuestro abogado. Te dejaré en el hospital. Allá entregarás estos papeles.

Vuelven a bajar. Apenas puede ver, mantenerse consciente. Se descubre sentado en un banco de madera en el cuarto cubierto con azulejos blancos donde lo ha dejado Janina. Sale una enfermera, recoge los papeles, le dice que vuelva a sentarse. Una mujer a su lado se retuerce las manos. Adentro los gritos son terribles. Verdaderos alaridos de desesperación, de locura. Sabe que si continúan también él comenzará a aullar.

—Es mi hermana —le explica la mujer sentada a su lado. Le dan ataques.

Se pregunta por qué no llegan por él y lo atienden. ¿Por qué lo han dejado allí, en esa espera sin sentido?

—Estudié siete años inglés y no sé decir una sola palabra —continúa la mujer—. Es que así soy yo...

Comienza a reír. Ve una especie de hilos de piedra, de coágulos de roca que se trenzan, se esfuerza por saber qué es eso, esas rocas entretejidas que se contraen y se dilatan y que de alguna manera le indican que está allí y entonces, que hay un ahora y un aquí, que aún vive. Advierte de pronto que no ríe como creía, sino que está llorando. Siente que las mil teorías con que se ha complacido durante los últimos años, explicaciones, justificaciones, presuntuosas interpretaciones, se derrumban y quedan como hojarasca a sus pies, se oye gritar que quiere volver a su patria, a su casa, a su infancia, que lo dejen en paz, quiere estar en su país, morir allá, perderse allá. Ve a la enfermera que se afana a su lado, siente en la vena la aguja que lo restituirá a la calma.

Varsovia, 12 de febrero de 1966